

ZAPATOS PARA TODA LA VIDA

Por Guadalupe DUEÑAS
Dibujo de Alberto GIRONELLA

CUANDO QUEBRÓ "La Parisiense" mi padre tuvo que realizar rápidamente su mercadería de productos de belleza y almacenar lo que no fue liquidado.

Dos amplias piezas de la casa quedaron atestadas como un granero de mazorcas. Los más finos cosméticos importados: perfumes, jabones y una serie de frascos que contenían secretas alquimias, formaron la fauna que invadió con su aroma dos manzanas a la redonda y los años de mi adolescencia; además, acompañaron con sus efluvios el nacimiento pertinaz de mis siete hermanas, una cada año.

Esta quiebra tan lamentable para mi padre fue la única compensación de mi juventud desolada.

Pude usar un perfume para cada día de la semana. Sí, el lunes olía a *Heliotropo*, el martes olía a *Rumor*, y el siguiente a *Escándalo*, y después a *Arpeggio*, *Hora Intima*, *Intermezzo*, y, el domingo a *Le Nuit Bleu*. Cada amanecer escogía de aquel jardín fantástico una flor diferente. Era tener el arco iris al alcance de la mano. De colonias y esencias estuve penetrada y no creo en un elixir con el que no me haya saturado. Costosísimas cremas para las arrugas me recorrieron del tobillo al muslo donde generosamente las extendí logrando una suavidad que todavía me dura. Cuando le tocaba su turno al polvo, me daba baños completos hasta tomar la apariencia de un fantasma, ya vestida, bastaba un movimiento para que de mí lloviera tamo como de un costal de trigo.

Pero este huerto de magia aminoró muchas de mis amarguras. Largas horas pasé contemplando las ánforas blindadas. Absorta ante los ostentosos envases coronados por diademas o por exóticas cabezas de africanas con sus collares de piedras.

Los había con tapones esmerilados mayores que las botellas, otros remataban en prismas o en forma de lágrima, y había uno fascinante incrustado de rubíes y diminutos tréboles de plata, su interior de ópalo derretido tenía burbujas atigradas.

¡Aguas llenas de crepúsculo! ¡Frascos que degollaron sus gargantas frente a mis ojos ávidos! ¡Paisajes que viví a través de sus entrañas! ¡Botellas que imaginé un desfile de niñas ricas en traje de gala!

Había esencias que huían inexplicablemente en hemorragia invisible aunque las manos no tocaran los frascos. Esencias que se iban como se va la vida. Los pomos con sus cerraduras intactas en unas cuantas semanas mostraban sus urnas vacías y la sensación de su ausencia empañaba mi gozo enfrentándome al terror de su fuga.

Era famoso "nuestro olor" por toda la colonia. Y aunque esta popularidad molestara a los de casa, a mí, me enorgullecía.

En el internado fui un personaje. Excité la envidia de mis compañeras. No cabían de asombro cuando comprobaron que usaba cuatro jabones distintos para mi aseo en el baño; el de Hiel de Toro para el cabello, Heno de Pravia del cuello a la

cintura, legítima Lavanda de la cintura a los tobillos (porque los pies nunca me los enjabonaba), y por último, el de Ross color de caramelo para mi cara y mis manitas. Llegué al colmo cuando como una excéntrica millonaria les enseñaba las lociones que me cubrirían cada día de la semana y me entusiasmaba deslumbrarlas regalándoles con profusión muestras pequeñas de perfumes costosos, tanto, que hasta logré olvidar mis medias de popotillo que parecían remendadas con soldadura autógena. Cuando alguna buena chica me decía llena de admiración: "¡Debes ser muy rica!", escondía mis zapatos sin medias suelas comprobando la frescura del mosaico para contestarle en la forma más despreocupada: "Algo, algo..." Ahora, que había niñas malas que amargaron la posesión de mi tesoro llamándome *La Uramia* y haciendo conatos de vómito cuando mi estela implacable las azotaba o asegurando que les producía jaqueca mi persona.

Pero fuera de esos malos ratos fui dichosa con aquel bosque de fragancia que era todo mío como mis cabellos y mis lágrimas.

Afortunadamente mis padres no tomaron el menor interés por el destino de aquellos sobrantes. Si alguna vez regalaban a sus amistades un perfume tenía que soportar mi llanto y mi histeria, pues me creía despojada.

Nunca supieron la importancia que aquel paraíso de colores significó para mí, para mi espíritu abandonado a la sola emoción de aquella bodega encantada.

La verdadera tragedia de mi vida comienza cuando unos meses después, mi infatigable padre quiebra por su cuenta en su nuevo negocio de zapatería.

Otra vez las piezas quedaron atestadas. Esto hubiera sido soportable si no discurren separar los zapatos por números y calcular, exactamente, la cantidad de pares que todos los de casa deberíamos usar

mientras viviéramos. Así que, por ejemplo, si yo a los doce años calzaba del 19, a los veinte calzaba del 23 y, por lo tanto, tendría zapatos por toda la eternidad.

Colocaron los pares destinados a mi existencia en los ángulos de mi cuarto y aquellos ataúdes de recién nacido levantaron su escala hasta el cielo. Yo tenía tiempo durante la noche de contemplar la torre de grilletes que aprisionarían durante mi vida mis indefensos pies sentenciados.

Al abrir alguna caja, al azar, procurando que no se derrumbara la Babel, mi desconsuelo no tenía límite al descubrir unos chochos híbridos, de consistencia de hierro, que invariablemente en hombre parecían de mujer y en mujer se hubiese jurado que eran de hombre. Su color tornasol los acababa de hacer abominables. En otra caja descubría unas botas que soñaron ser de cabritilla y eran de lona, casi calicot, con hileras de muelas a los lados en partes blancas y en partes con las caries de metal negro al descubierto, en donde se atoraban unas cintas kilométricas. No existía ni un solo par halagüeño; eran zapatos de tropa, para pies de forajido, con cascos de hierro como criptas.

Envidié a los tarahumaras y a los niños descalzos y soñé absurdamente que un camión me triturara para que mi papá fuera la única víctima de sus zapatos. Mi consuelo era que los pies no me crecían y procuraba andar muy quedo para no destruir nunca mis mocasines rojos.

Acabar con el calzado de puntas amarillas, con los guaraches de mula, con aquellos botines que tienen chiquiadores en los tobillos, arrancar de las sandalias los moños de seda y quitarles lo sinuoso con baños de agua sucia, mutilar tentáculos de chancletas y esarpines y a todo trance no dejar zapatos, ni siquiera un cacle en donde enjaularan mis piecitos fue la idea fija, perturbadora, alucinante que dominó mis días; la obsesión que convierte en martirio las horas y los minutos.

Para conseguirlo discurrí pertrecharme de herramientas: tijeras, navajas, una lija, piedra pómez y buenas alcaiyatas. La mano del molcajete pasó a ser cosa mía, y también el raspador de coco que sirvió de maravilla.



Evité dormir para caminar calzada a cuatro patas por los pasillos y el corralón empedrado. Empecé a estrenar dos veces por semana. Mis amigas tuvieron regalo el santo y el cumpleaños. Calcé a los limosneros del barrio. Con frecuencia dejaba algún zapato en las visitas, pero esto no dio resultado; las familias devolvían el huerfanito y me ocasionaban regaños y castigos. Fue mejor olvidar pares flamantes, escogido el número adecuado, a los niños de la casa.

A las zapatillas respunteadas les tomé tal saña que muchas fallecieron bajo las ruedas del tranvía. Fue también un buen sistema recolectar bolas de chicle de todos los pupitres. Son infalibles contra el raso y el glasé.

Pero el afán es agotante. A veces camino diez y más kilómetros persiguiendo con mi tirria la dureza de estos cueros

embujados que no sufren ni se alteran, soportan inmutables mis ampollas y mis pataleos. He inventado pasos que doblan el desgaste; pero estoy muriendo. Sus lengüetas asesinas me atormentan y las suelas se incendian con mi calentura. No hay manera de acabar con esta plaga. Inauguro seis grilletes cada día y apenas unas cuantas filas desaparecen. El blanco cajerío se aprieta malicioso mientras agonizo.

Es muy duro rasparlos con lija; muy difícil que se rompan dando saltos. Las uñas se quiebran y me sangran los diez dedos en esta lucha infortunada. A una legua de distancia el olor de la banquetta me denuncia, no es que sude, lo que pasa es que metida en estos cepos cualquiera se deshidrata. Los modelos cada instante son más viejos, me avergüenzan. Hacen falta siete vidas para usarlos. No se acaban...

EN EL CREPUSCULO MODERNISTA

(A LOS HIJOS DE RAFAEL LOPEZ)

YA ERA TIEMPO de recoger cuidadosamente los versos de este buen poeta, y yo felicito al gobierno de Guanajuato por haber proporcionado a ustedes la ayuda indispensable. * Tal vez, para mi gusto, exigiría yo de la piedad filial otros esfuerzos complementarios, como son el establecer poco a poco la cronología de la obra poética, el recoger otros poemas (por ejemplo, algunos que aún figuraban en el libro *Con los ojos abiertos*, aunque el autor los haya excluido de su última selección), el juntar también en lo posible todos los artículos, crónicas y reseñas hasta hoy dispersos en las revistas y que interesan a los anales de nuestra vida literaria.

Sé que este volumen estaba destinado a aparecer en ocasión de la Feria del Libro, y creo que, dentro del plazo apremiante, no se podía hacer más ni mejor. El volumen, tal como hoy se publicará, posee ya un valor permanente. Por mi parte, no pude leerlo con objetividad crítica. El oficio es cada vez parte más íntima de mi vida, y ya no acierto a distinguir claramente lo uno de lo otro. La emoción me perturbaba a cada página. Se me echó encima el recuerdo de mis no cumplidos veinte años, mi llegada a la Preparatoria, mi juventud, los últimos días del Modernismo, la pléyade que representó la transición entre la *Revista Moderna* (don Chucho Valenzuela, Nervo, Tablada, Urueta) y el grupo juvenil de *Savia Moderna*, donde daba yo mis primeros pasos. Por eso no he querido ofrecer a ustedes nada que aspire a la condición de un juicio o dictamen (¡horror!), sino una sencilla charla para dar salida a mis evocaciones.

En todo caso, el que ustedes me hayan permitido ojear los originales antes de enviarlos a la imprenta ha sido para mí un privilegio que les agradezco muy de veras: aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable.

* El proyecto no se ha realizado aún en octubre de 1957.

Por Alfonso REYES



Rafael López en 1911

¡Qué alegría artística, por dondequiera que pellizque las páginas! ¡Qué resuelta voluntad de hacer bien las cosas! ¡Qué garbo en las frases! ¡Qué vigor monumental! ¡Qué sentido de la unidad poemática! ¡Qué alma en constante vibración de esperanza! ¡Qué mexicanidad espontánea y no traída por los cabellos, tan por encima de los pobres recursos del costumbrismo y tan bien trabada en las preocupaciones universales! ¡Cuánto amor, cuánta luz, fiesta de palabras, cosecha de versos inolvidables, estatuario encanto parnasiano y, a la vez, honda respiración nacional! La musa de Rafael López no se avergonzaba de ser patriótica, hasta un tanto ingenua y oratoria a ratos, ni temía dejarse llevar un poco por la inercia "modernista" (demos a las cosas su nombre, sin intención aviesa), segura de salir adelante con ese firme tranco que la llevaba como por declive natural hasta el término feliz de cada poema. Aquí no hay derrota, no hay dejación ante los desafíos cotidianos. Gran lección, hoy que se intentan tantos artificios para atrapar la voz auténtica, la que se da y no se pide, la

que se posee y no se busca; hoy que se confiesan tantos desalientos aun antes de entrar en la lisa. Ser poeta era por entonces —además de labrar los versos en mármol, en oro y en marfil—, sentirse valiente y superior a todas las bajas ambiciones.

En aquella secretaría particular de don Justo Sierra, bajo la dulzura epigramática de Luis G. Urbina, saltaba el ingenio —fuego fatuo— de mesa en mesa. Todos, en resumidas cuentas, se querían como hermanos a la postre bien avenidos. Cada uno —Urbina, López, Argüelles Bringas, de la Parra, Elizondo— admiraba al otro sin esfuerzo, en lo suyo y sin exigirle que diera espaldas a su propia naturaleza. Se ganaba poco, se necesitaba poco. La vocación poética (no saben lo que se pierden quienes simplemente la simulan) contribuía todo el oro de ensueños románticos que hacía falta para ir venciendo la jornada en una bohemia feliz. Dichosos tiempos. Todo se transfiguraba tras el velo ardiente de la poesía.

Quienes conocieron aquellas horas, sentirán cómo resucitan, en los versos de Rafael, el México todavía sin rascacielos, donde siempre era dable echar un vistazo a los horizontes, a las nubes, a la luna y a las estrellas; el Zócalo, siempre algo apretujado y nervioso, aunque con tanto espacio a la vista; Plateros, sus carruajes y sus vespertinas "bolas de alcanfor"; la Alameda y sus crepúsculos de esplendor veneciano; el Bosque y sus barbas de heno, todavía un poco silvestre; los Toros atronados, Lagartijillo "el de quietos pies", el mechón de Silveti; las cortesanas demasiado vestidas como los figurines de *El Mundo Ilustrado*; las floristas callejeras; hasta "la matona" de don Porfirio que decía *El Hijo del Ahuizote*... y, al fin, "el coñac de Chapultepec" (para quien lo entienda). En otro plano, las heroicas imágenes; las caras de bronce, los indios, criollos y mestizos que llenan nuestros fastos históricos; los girones del paisaje nativo; las ciudades de la provincia envueltas en la nube de su leyenda; la Malinche, Sor Juana, Hidalgo y Morelos, Juárez y Maximiliano; cuadros que acaso hubiera firmado Darío —Darío el maestro sumo de Rafael, como también, a través de Darío, alcanzó a serlo Victor Hugo. Y un latido erótico de uno a otro cabo del desfile. Por suerte las notas "saturales" se quedaron allá en las modas de los comienzos, y triunfó esa generosa música de cristiano pagano que agradece al sol y a la noche, al cielo y a la tierra, todo lo que han querido darnos. Dichosa edad, poetas y amigos inolvidables.

Rafael, buen hacedor de frases, solía decir que la poesía de Roberto Argüelles Bringas era el sudor de cabrío de su virilidad. Roberto, junto a él, resultaba duro, enigmático, austero. Su probidad estética le hacía recitar mal, y como opacándolos de propósito, sus propios versos, para no adornarlos con encantos postizos. Pero un día Rafael, ausente, le encargó que leyera, ante el Ateneo de la Juventud, *La Bestia de Oro*; y no fue poca sorpresa oír a Roberto recitar como un órgano, prestando al poema del amigo toda la armonía y el resuello que nunca se consentía para sí mismo. Destaco este rasgo como me acude, como otra pinclada de época, y para de una vez encerrar en la misma orla a los Dióscuros de nuestro crepúsculo modernista.

México, octubre de 1956